

Lynn Picknett  
y Clive Prince

# EL GRAN SECRETO DE LEONARDO DA VINCI



CÓMO  
EL GENIO  
DEL  
RENACIMIENTO  
FABRICÓ  
LA SÁBANA  
SANTA

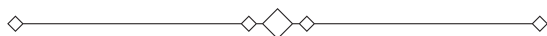


BIBLIOTECA DIRIGIDA POR JAVIER SIERRA



Lynn Picknett y Clive Prince

# EL GRAN SECRETO DE LEONARDO DA VINCI



CÓMO EL GENIO DEL  
RENACIMIENTO FABRICÓ  
LA SÁBANA SANTA



Ediciones  
Luciérnaga



BIBLIOTECA DIRIGIDA POR JAVIER SIERRA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Turin Shroud: In Whose Image?*

Primera edición en inglés en 1994 a cargo de © Bloomsbury Publishing Ltd

© del texto: Lynn Picknett y Clive Prince 1994, 2000, 2006

© de la traducción: Nuria Pujol Valls, 2019

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Primera edición: octubre de 2019

© Edicions 62, S.A, 2019

Ediciones Luciérnaga

Av. Diagonal 662-664

08034 Barcelona

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-17371-93-7

Depósito legal: B. 16.330-2019

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

## SUMARIO

|   |     |
|---|-----|
| <i>Prefacio</i> .....                                 | 13  |
| <i>Introducción. Ironía e inspiración</i> .....       | 15  |
| 1. Más preguntas que respuestas .....                 | 21  |
| 2. El veredicto de la historia .....                  | 57  |
| 3. Teorías .....                                      | 99  |
| 4. Corresponsales .....                               | 127 |
| 5. «El hermano italiano de Fausto» .....              | 151 |
| 6. La conspiración del sudario .....                  | 187 |
| 7. Las medidas del hombre del sudario .....           | 219 |
| 8. Avances positivos .....                            | 245 |
| 9. El último testamento de Leonardo .....             | 281 |
| <i>Epílogo. A su imagen: el eslabón perdido</i> ..... | 315 |
| <i>Agradecimientos</i> .....                          | 327 |
| <i>Notas y referencias</i> .....                      | 331 |
| <i>Bibliografía</i> .....                             | 349 |
| <i>Créditos de las ilustraciones</i> .....            | 359 |
| <i>Índice analítico</i> .....                         | 361 |

## MÁS PREGUNTAS QUE RESPUESTAS

El sudario de Turín es o la reliquia más asombrosa y ejemplar de todas cuantas han quedado de Jesucristo [...] o uno de los más ingeniosos y espléndidos productos de la mente y de la mano del hombre de que tenemos testimonio; no hay término medio.

JOHN WALSH,  
*El sudario* (1963)<sup>1</sup>

La moderna ciudad italiana de Turín es una urbe industrial en expansión, un himno en cemento al motor de combustión interna. Y, no obstante, también es un lugar de peregrinación, lo viene siendo desde hace muchos años, porque Turín alberga lo que durante mucho tiempo se ha considerado la más preciosa, sugerente y asombrosa de las reliquias cristianas: el santo sudario de Jesús, con la milagrosa estampación de su imagen.

A lo largo de cuatrocientos años, la sábana ha sido la joya de la corona de la catedral de Turín, que está dedicada a san Juan Bautista. En la actualidad, no está a la vista, sino oculta en un receptáculo de oro ignífugo, un altar con forma de caja situado en una de las capillas laterales, tras un cristal y, las más de las veces, tras unas cortinas de un azul desvaído. Dentro del altar, el sudario permanece tendido —no enrollado como en muchos periodos de su historia—, y un ingenioso dispositivo permite que esté colgado, dentro de un marco metálico con un cristal a prueba de balas, cuando se solicita para alguna de las infrecuentes exhibiciones públicas u ostentaciones.

Dichas exposiciones son escasas, aproximadamente una por generación. A lo largo del siglo xx se exhibió solo cuatro veces: en 1931, con motivo de la boda del futuro rey Humberto II (luego príncipe de Piamonte); en el año santo de 1933; en 1978, para conmemorar el cuarto centenario de su llegada a Turín, y en 1988, para conmemorar el centenario de las primeras fotos que se le hicieron al sudario. Estas últimas constituyeron, como veremos más adelante, uno de los principales hitos en su historia. También la expusieron en el año 2000, en el marco de las celebraciones del año santo, y nuevamente en 2010 y 2015, realizándose una exposición especial en la Semana Santa de 2013, que también se transmitió por televisión y *online*.

La exposición del año 2000, entre agosto y octubre, fue la más larga. En un principio se planificó para que durara diez semanas, pero tuvieron que prolongarla una más a consecuencia de unas inundaciones que afectaron a la zona de Turín. Atrajo a casi un millón de personas. Una cifra sin duda considerable, pero que tan solo representa la mitad de los que guardaron cola para ver el sudario durante las ocho semanas de 1988 en que estuvo expuesto. Y un tercio de los tres millones que la vieron en la exhibición de seis semanas de 1978. El número de visitantes de las exposiciones de 2010 y 2015 fue de unos dos millones, pero aun así no llegaron a los días de gloria de 1978. El motivo de este pronunciado declive puede resumirse en dos palabras: pruebas del carbono. En la actualidad es ya de dominio público que el sudario pasó las pruebas en 1988 y estas determinaron que era una falsificación medieval o renacentista. Aun así, un millón es una cifra impresionante: es evidente que, para muchos católicos, sigue siendo la milagrosa sábana santa de Jesús. ¿Cómo es posible que esta tela tan polémica siga ejerciendo este atractivo tan poderoso? ¿Qué ven esos peregrinos? ¿Qué es el sudario de Turín?

La tela es un fragmento de lino de un pálido color crema, de unos 4,25 metros de largo por un metro de ancho, que ha ido acumulando pliegues y manchas durante su larga vida. Las más flagrantes son las marcas de un incendio, el de 1532, que llegó a quemar uno de los extremos del lienzo (que entonces se guardaba

doblado), dañando la imagen en distintos lugares, especialmente a la altura de los hombros de la figura. Hay otras quemaduras aisladas provocadas por chispas de plata fundida en el mismo incendio.

También hay cuatro agujeros de quemaduras que se remontan a antes del fuego de 1532 —se ven en copias de fecha anterior— y que se conocen como «marcas de atizador», pues eso es lo que se cree que son. Los cuatro agujeros coinciden en el mismo lugar cuando la tela está doblada, por lo que resulta razonable pensar que los hicieron a la vez, posiblemente en un intento por probar la autenticidad del sudario sometiéndolo a «la prueba del fuego». Cabe preguntarse a qué conclusión llegaron los vándalos del atizador cuando comprobaron que la tela se quemaba como cualquier otra. Existe otra explicación menos melodramática que sostiene que los agujeros los provocó el goterón de una antorcha.<sup>2</sup>

No obstante, y sea cual sea su procedencia, las quemaduras no son lo que buscan los peregrinos en el sudario. ¿Es la imagen lo que atrae todas las miradas y en la que se deleitan todos los corazones devotos, aunque en realidad no sea la imagen de Jesucristo Nuestro Señor?

Hacia el centro de la tela, y ocupando cuatro metros de su extensión total, hay dos imágenes que muestran la parte frontal y dorsal de un hombre desnudo, sorprendentemente alto, «sostenido» por la cabeza. Se considera que la tela es una mortaja, lo que significa que el cuerpo estuvo tumbado sobre una mitad, y cubierto con la otra.

El hombre lleva barba, y su cabellera le cuelga por atrás y le llega a los hombros por delante. Las manos están modestamente cruzadas sobre los genitales. La planta de uno de los pies, horrendamente oscurecida por lo que parece sangre, está claramente perfilada sobre la imagen dorsal.

La vista se pierde irremisiblemente en las líneas oscuras y en los manchones del cuerpo, que en apariencia son sangre procedente de heridas atroces. Hay unas heridas pequeñas e incisivas en la cabeza, y un redondel en la única muñeca visible: como si la



hubieran traspasado con un clavo. También existe lo que parece una herida considerable a la altura del pecho, como de una puñalada, de la que mana sangre que se desliza por la región lumbar, así como dos regueros de sangre en ambos empeines y uno mayor en la planta de un pie. Algunos creen que el rostro parece hinchado y contusionado, y se han contado un centenar de latigazos en la espalda, unas marcas que se enroscan hasta la parte frontal y las piernas.

Obviamente, a juzgar por esas marcas horribles, el hombre del sudario era —o se suponía que era— Jesucristo.

## Bajo el microscopio

Millones de personas en todo el mundo siguen creyendo en la santidad del hombre del sudario. Encabezando a sus creyentes está la comunidad internacional del sudario o los «sindonólogos» (del griego «sindon», sudario), conocidos con más o menos afecto como «sudaristas».

De las muchas organizaciones que se han dedicado, en todo el mundo, al estudio del sudario, la mayoría de ellas son abiertamente religiosas y en primera instancia se ocupan del «mensaje» de la tela, como la Holy Shroud Guild de Estados Unidos, a la que vinieron a añadirse otras con principios e intenciones —supuestamente— más objetivos y científicos, como el Shroud of Turin Research Project, Inc (STURP) de Estados Unidos; el Centro Internazionale di Sindonologia, del mismo Turín; el Centre International d'Études sur le Linceul de Turin (CIELT), de Francia, y la British Society for the Turin Shroud (BSTS), de Gran Bretaña.

A lo largo de los años han ido apareciendo libros, opúsculos y artículos sobre la sábana santa, y los grupos anteriormente citados suelen incrementar la literatura al respecto con sus propias publicaciones, las más importantes de las cuales han sido *Sindon* (editada por el Centro Internazionale di Sindonologia), y recursos en línea como el sitio web de la sábana santa de Turín (<https://www.shroud.com/>).



Pese a la característica renuencia que mostraron los saboyanos y las autoridades eclesiásticas a permitir el acceso al lienzo para investigaciones científicas, se ha conseguido someterlo a distintas pruebas a lo largo de los años. En el estudio de la sábana santa han estado implicados expertos en muchas disciplinas distintas: historiadores, especialistas en tejidos, físicos, químicos, fotógrafos, artistas, historiadores del arte, anatomistas, cirujanos y científicos forenses, e incluso botánicos. También se la ha sometido a una batería de pruebas, incluidas fotografías con rayos X, infrarrojos y luces ultravioleta, observaciones a través de microscopio, espectrofotometría ultravioleta, espectroscopia infrarroja y fluorescencias de rayos X. Se han tomado muestras que, a su vez, han sido sometidas a pruebas químicas.

Con todo, el sudario se ha negado obstinadamente a revelar sus secretos, pese a que se han hallado muchas pistas.

Hay que recordar que el interés serio por la tela no tiene más de un siglo. Anteriormente se consideraba una curiosidad porque la imagen es demasiado débil como para que pueda analizarse a simple vista; el cuerpo parece increíblemente alto y delgado, y los ojos asemejan claramente a los de un búho, como si el hombre llevara gafas oscuras.

Sin embargo, en 1898 un abogado turinés solicitó permiso para tomar las primeras fotografías del sudario. Se llamaba Secondo Pia, era un consejero local y un entusiasta fotógrafo amateur. Como en la época se exhibía la sábana santa con motivo del quincuagésimo aniversario de la unificación de Italia, lo consideraron un homenaje de lo más adecuado en el marco de las celebraciones.<sup>3</sup>

Las diez fotografías que Pia le sacó al sudario (aunque hasta fechas recientes se creía que tomó solo dos)<sup>4</sup> fueron sin duda las más significativas de su carrera: vista en el negativo fotográfico por primera vez, la imagen salió de pronto a la luz. En lugar del perfil incierto de un hombre barbudo, resultó ser una detallada fotografía de un cuerpo horrorosamente herido y terriblemente real.

En realidad, es un horripilante catálogo gráfico de los horro-

res de la crucifixión; cada uno de los agujeros practicados por los clavos, cada uno de los latigazos del flagelo romano clama por nuestra compasión. No obstante, pese a que estamos ante una prueba brutal de la descarnada inhumanidad del hombre para con el hombre, pese a la evidencia que salta a nuestra vista, si supusiéramos inmediatamente que ese hombre es realmente Jesús estaríamos presuponiendo demasiadas cosas.

Y, aun así, todos los ojos se sienten atraídos por el hombre del sudario. Largo, enjuto y barbudo, con su nariz larga y prominente (algunos piensan que pudiera estar rota), es un rostro de una desolada dignidad. Además, para muchos es una imagen de una belleza asombrosa y memorable, y su misma serenidad revela un triunfo sobre el mundo de los muertos.

No resulta, pues, sorprendente que Secondo Pia fuera uno de los muchos que miraron el rostro de ese hombre y quedaron transfigurados. El honorable turinés, que hasta entonces había sido un feligrés más que remiso, abrazó la fe con fervorosa pasión. Pues daba por sentado que esa imagen, ese hombre torturado y desgarrado, no era otro que Jesucristo. Lo cual nos recuerda que no hay que subestimar jamás el poder del sudario.

Otros reaccionaron también rápidamente ante la imagen fotográfica. Por varios motivos, cada vez resultaba más difícil desestimar la tela afirmando que era una burda falsificación medieval.

Ningún artista podía haber creado lo que se conoce como el «efecto negativo» (ciertamente, se habían realizado varios intentos infructuosos de reproducir la imagen utilizando las técnicas artísticas al uso en la época)<sup>5</sup>. La conclusión era que ningún artista medieval tenía ni la destreza ni los conocimientos anatómicos requeridos para crear dicha imagen; además, el realismo no formaba parte de su canon artístico.

Existían otras razones prácticas por las que no pudo pintarse la imagen, especialmente por lo tenue que resulta vista de cerca; lo que significa que el artista no habría sido capaz de ver lo que estaba haciendo.

Durante buena parte del siglo transcurrido entre el descubrimiento de Secondo Pia y el presente, los investigadores han teni-

do que contentarse con estas fotografías, además de otra serie tomada por Giuseppe Enrie en 1931.<sup>6</sup> No fue hasta 1969 cuando la Iglesia permitió que la investigación accediera realmente al lienzo. Aunque los estudiosos tuvieron que limitar sus observaciones a la fisiología del hombre del sudario y a especulaciones sobre el tipo de proceso que pudo dar lugar a la imagen, con su espectacular efecto negativo.

Las fotografías de Enrie —que gozan de mejor reputación que las de Pia— incluían varios primeros planos de las distintas zonas de la tela, de calidad lo bastante buena como para que pudieran tomarse como sólido punto de partida. Se utilizaron para el estudio detallado de la tela, la imagen y las manchas de sangre.

Otros estudios posteriores también supusieron un hito, como el de Paul Vignon, un acaudalado biólogo francés y amigo del futuro papa Pío XI, que intentó reproducir la imagen mediante un proceso de formación de imágenes. Otro destacado y temprano estudioso de la sábana fue el anatomista y cirujano parisino Pierre Barbet, quien, en la década de los treinta, se dedicó a estudiar los efectos de la crucifixión utilizando cadáveres. Pese a que la obra de ambos estudiosos tiene un interés vigente, ninguno de los dos descodificó el sudario de Turín.

Luego, en 1969, el cardenal Michele Pellegrino, arzobispo de Turín, reunió a un equipo de expertos en distintas disciplinas para que redactaran un informe sobre el estado de conservación en que se hallaba el sudario; un equipo al que se conoce como la Comisión de Turín.

Los exámenes de 1969 constituyeron solo una investigación preliminar; se recomendaron pruebas posteriores, que se realizaron cuatro años después. Exactamente al día siguiente de que se exhibiera el sudario en directo por televisión, el 23 de noviembre de 1973. Fue entonces cuando el doctor Max Frei, criminólogo suizo, tomó sus hoy famosas muestras de polen (véase más adelante). Y también cuando se extrajeron las primeras tiras (de unos 40 × 10 mm) de la tela y de su borde, además de quince hebras individuales tanto de la zona de la imagen como de las colindantes.<sup>7</sup>

Curiosa, aunque característicamente, la labor de la Comisión

de Turín se llevó a cabo en el más estricto secreto. No parecen existir razones obvias. Cuando se filtraron los primeros rumores acerca de las pruebas de 1973, las autoridades negaron que se hubiera hecho más que un examen rutinario. Hasta 1976 no admitieron que le habían realizado pruebas a la tela, y nombraron también a aquellos que las habían llevado a cabo. La información se le ocultó incluso al rey Humberto, que por entonces era el propietario legal del sudario.

A lo largo de los años setenta se vivió una aceleración en el interés científico por la sábana, especialmente en Estados Unidos. En 1977 se fundaron dos instituciones clave: la BSTS en Gran Bretaña y el STURP en Estados Unidos, a raíz de un congreso sobre el sudario realizado en Albuquerque, Nuevo México. Esta última organización llevó a cabo, en 1978, las pruebas más exhaustivas que se han realizado hasta el momento con la tela.

Fue un gran año para los estudios sobre la sábana. Se exhibió ante el público entre el 26 de agosto y el 8 de octubre, lo que suscitó una oleada de interés popular y la publicación de varios libros sobre el tema. El más notable de los cuales, el seminal *The Turin Shroud*, de Ian Wilson, fue celebrado como aquel que dio a conocer el sudario al gran público y se convirtió en un best-seller internacional. También se realizó el filme documental *The Silent Witness*, de Henry Lincoln (posteriormente coautor de *El enigma sagrado*), ganador de un premio BAFTA y basado en una idea de Ian Wilson.<sup>8</sup> El libro y el documental aumentaron el conocimiento que tanto católicos como no católicos teníamos del sudario; el lienzo se convirtió en uno de los temas habituales de discusión entre gente de toda la cristiandad, y el rostro del hombre de la sábana nos miró a través de cientos de escaparates de librerías, con el obsesivo atractivo de su curiosa serenidad. Miró directamente a millones de caras y tal vez, secretamente, al mismo número de corazones.

No habría que subestimar jamás la contribución de Wilson a los estudios sobre el sudario. Movido por la certidumbre interna de que la tela es, efectivamente, la mortaja de Jesucristo, no permite que esta opinión aflore a menudo, ni de modo demasiado

obvio, en *The Turin Shroud*. Y aduce con inteligencia y estilo —pero con pocas dotes de persuasión— que puede haber otras explicaciones sobre su origen. Hasta la fecha, sus pronunciamientos públicos sobre la sábana son básicamente modelos de raciocinio y ponderación, aunque tal vez sería extremadamente pueril dejarse predisponer por esta apariencia de objetividad. El guion original de *The Silent Witness* llevaba por revelador título *He Is Risen: The Story of the Holy Shroud of Christ* («Se irguió: La historia del santo sudario de Cristo»)<sup>9</sup>.

Para los que sostienen una perspectiva estrictamente científica, el acontecimiento más importante de 1978 fue la batería de pruebas del STURP, que llevaron a cabo en colaboración un pequeño grupo de científicos italianos y Max Frei. Durante los cinco días que siguieron a la exposición de octubre, el STURP tuvo libre acceso al sudario e incluso se le permitió tomar unas muestras para posteriores análisis.<sup>10</sup>

El objetivo del STURP era descubrir de qué estaba hecha la imagen. Y si era o no una manufactura humana. Sin embargo, pese a todos sus esfuerzos, fracasaron. Lo examinaron con rayos X, luces infrarrojas y ultravioleta, así como con instrumentos más convencionales, como el microscopio. Se tomaron muestras por el simple procedimiento de poner cinta adhesiva sobre la tela y examinar luego las hebras que quedaban pegadas a ella. La mayoría de las pruebas pretendían revelar la presencia de pigmentos artificiales. En total, pasaron más de cien mil horas analizando los datos, y el coste del proyecto fue de unos cinco millones de dólares.

Las condiciones distaban mucho de ser ideales: los científicos del STURP tuvieron que trasladar el laboratorio al lugar donde se hallaba la sábana, y no al revés. Y existía una limitación de horarios muy estricta que suponía no solo que era fácil que se les escapara algún detalle crucial, sino también que —dada la naturaleza del trabajo— no podían repetirse las pruebas.

## Datos con destino

Las autoridades eclesiásticas solo denegaron el permiso al STURP para una de las pruebas propuestas. Pretendían, con ella, datar el lienzo con la prueba del carbono 14 y determinar así su autenticidad. La Iglesia temió que, para ello, destruyeran un fragmento grande de la tela, y no dio su permiso. No obstante, les señalaron a las autoridades eclesiásticas que las muestras tomadas por la Comisión de Turín en 1973 bastarían para tal propósito. Ante ello, la Iglesia solicitó que les fueran devueltas las muestras, que se hallaban depositadas en la catedral de Turín. Cuando, finalmente, se las prestaron al STURP en 1979, iban adjuntas a un documento legal que les impedía someterlas a la prueba del carbono.<sup>11</sup>

Con el tiempo, no obstante, la Iglesia se quedó sin excusas que aducir y tuvo que ceder a las presiones. En octubre de 1986, el papa Juan Pablo II, tras una reunión con los representantes de siete laboratorios (que se redujeron a tres para minimizar los daños a la tela) y la Academia Pontificia de Ciencias de Turín, dio la aprobación a las pruebas, aunque no su bendición.

El carbono 14 es una forma radiactiva del carbono que se produce en la atmósfera superior por la acción de los rayos cósmicos. Lo absorben todos los seres vivos y el índice de absorción se puede detectar en ellos. El índice de absorción es constante durante la vida del organismo. Y cuando este muere, el carbono 14 mengua durante un periodo muy largo y a un nivel constante. El proceso de datación por carbono mide la cantidad de carbono 14 de una muestra; como podemos calcular la cantidad que habría estado presente en el organismo vivo, la diferencia entre esta cifra y la cantidad existente arroja la edad de la muestra.

Bajo la presión de las distintas partes interesadas —incluido Ian Wilson—, el Vaticano dio finalmente permiso para que se sometiera la tela al carbono. Concurrieron a ello tres laboratorios: la Universidad de Arizona (Tucson), el Oxford Research Institute y el Swiss Federal Institute of Technology de Zúrich. Nombraron como portavoz al profesor Teddy Hall, de

Oxford, recalcitrante escéptico (y últimamente incluso despectivo).

El secretismo típico de la Iglesia rodeó la toma de muestras. Pese a que oficialmente fijaron la fecha en el 23 de abril de 1988, se aprovechó la presencia del presidente de la República Italiana en Turín y evitaron la expectación de la prensa cambiando el evento al 21 de abril a las cuatro de la madrugada sin previo aviso. Estaban presentes los presidentes de cada uno de los laboratorios, incluido Teddy Hall, y la operación fue supervisada por Michael Tite, del British Museum Research Laboratory.

Cortaron un fragmento de unos 25 cm<sup>2</sup> de uno de los extremos, del que se extrajeron tres muestras que fueron selladas en contenedores especiales y, junto a unas muestras de control, entregadas a cada uno de los representantes de los laboratorios. Asimismo, se realizó una grabación en vídeo de todo el proceso.

(Curiosamente, después de que hubieran extraído las muestras, Giovanni Riggi, el microanalista designado por la Iglesia, sacó en secreto —aunque con el consentimiento del custodio oficial del sudario, el cardenal Anastasio Ballestrero, arzobispo de Turín— algunas hebras de las manchas de sangre de la cabeza, que fueron depositadas en la caja acorazada de un banco. El porqué lo hizo, y el porqué lo hizo en secreto siguen siendo un misterio. A finales de 1992, Riggi se las entregó al pediatra texano y entusiasta de la sábana Leoncio Garza-Valdés para que comprobaran el ADN de la sangre. Al parecer, el sucesor de Ballestrero, el cardenal Giovanni Saldarini, no supo de la existencia de dichas muestras hasta que Garza-Valdés le mandó una copia de un artículo sobre pruebas de ADN en 1996. No es, pues, de extrañar, que Saldarini declarara, furioso, que Riggi no tenía ninguna autoridad para entregar —ni siquiera poseer— las muestras, y que reclamara su inmediato retorno. También dejó claro que la Iglesia negaría la validez de cualquier prueba científica a que se hubiera sometido a las muestras.)<sup>12</sup>

Los resultados de la prueba del carbono se hicieron públicos el 13 de octubre de 1988, aunque ya se habían «filtrado» previa-



mente. (Era el décimo aniversario del último día de las pruebas del STURP.) Finalmente, los anunció primero el cardenal Ballestrero en Turín y, ese mismo día, el doctor Tite convocó una conferencia de prensa en el British Museum.<sup>13</sup>

La determinación del carbono probó con un 99,9 por ciento de certeza que el sudario se remonta al periodo entre el año 1000 y el 1500, y con un 95 por ciento de certeza que la tela era de entre el 1260 y el 1390.

La sábana santa de Turín era falsa.

Decir que los creyentes en la autenticidad del sudario quedaron sumidos en un estado de *shock* es decir poco. La noticia se abatió con el impacto de un puño de acero: la realidad era demasiado brutal para soportarla. La sábana era mucho más que una mera reliquia para ellos; era el recuerdo único y perfecto de su Señor, una prueba absoluta de su santidad, de su muerte redentora. Se cernió un letal silencio postraumático sobre la comunidad del sudario, y un insensible comentario del profesor Hall sobre el lienzo contribuyó a su sensación de fragilidad: «Alguien cogió una tela, la falsificó y la flageló. Considero que el sudario de Turín no tiene ya ningún interés».<sup>14</sup>

La Iglesia no se pronunció oficialmente sobre los resultados, pero pareció escudarse en su vena más jesuítica cuando el profesor Luigi Gonella, asesor científico del Vaticano, dijo: «Las pruebas no las encargó la Iglesia, por lo que sus resultados no nos vinculan».<sup>15</sup>

Los rumores relativos a conspiraciones entre los investigadores surgieron casi de inmediato, y la flor y nata de los estudiosos del sudario, incluido Ian Wilson, empezó a hacer declaraciones salpicadas invariablemente con frases como: «Pese a que les tenemos el mayor respeto a las pruebas científicas...». Sugerían que la determinación del carbono podía ser errónea, terriblemente errónea, y que eso era exactamente lo que había ocurrido con el sudario.

Los escépticos se regocijaron y repitieron hasta la saciedad el «Ya lo decía yo», mientras que los creyentes se lamían las heridas. Por supuesto, algunos abandonaron el mundo sudarista sin

mirar atrás, y con la decepción grabada en un rostro pétreo. A otros les enfureció que les hubieran engañado, que les hubieran dado gato por liebre con algo que les hacía sentir tan vulnerables: su fe religiosa. Pero ¿a quién podían culpar salvo al desconocido falsificador medieval? Aquellos cuya única preocupación consistía en creer a toda costa y al cuerno con las pruebas empezaron a reagruparse, aunque no sin que se pagara un alto precio en credibilidad por ello.

El significado pleno de los resultados de las pruebas no se les escapaba: las fechas indicadas señalaban exactamente el mismo periodo de la historia en que un santo sudario apareció por primera vez sin ser anunciado. A muchos sudaristas, esta coincidencia feliz se les antojaba profundamente sospechosa.

El mundo de los sudaristas posterior a las pruebas del carbono era muy distinto del que precedió al devastador anuncio del 13 de octubre de 1988.

Para ellos, lo más difícil de encajar de las consecuencias de las pruebas del carbono fue el ridículo. Empezaron a ser objeto de caricaturas, y los programas de televisión no se ahorraron broma alguna, como en el caso de los satíricos e irreverentes *Spitting Image*. Posteriormente, en la exposición organizada por el British Museum titulada «Fake: the Art of Deception» («Falsificación: el arte del engaño»), figuró una transparencia a tamaño real del sudario. Y cuando Ian Wilson dio una conferencia en el Wrekin Trust, el 5 de noviembre de 1988, y le presentaron como «más conocido por ser el autor de *The Turin Shroud*», el numeroso público de gente respetable e inteligente se rio. Puede que él se uniera a sus risas, pero no hay que ser muy sagaz para adivinar cómo debía de sentirse.

## Tras la caída

Fue entonces cuando nuestra historia empezó, porque la determinación de fechas resultante de las pruebas del carbono avivó nuestra curiosidad. La sábana santa nos fascinaba desde hacía

tiempo y la nueva información, en nuestro caso, no hizo más que azuzar ese interés. Previamente nos había tentado la explicación vaga de que la tela hubiera sido impresa por alguna forma desconocida de liberación de energía, aunque, por supuesto, esto en sí tampoco probaba que el sudario fuera la mortaja de Jesucristo. Para nosotros, la prueba del carbono hacía que el tema fuera aún más fascinante. Si en algún momento Picknett y Prince se convirtieron en sudaristas, fue entonces.

Irónicamente, nos hallamos en el mismo barco que los creyentes, al menos en un aspecto. Nos pareció ofensivo ese desprecio tajante hacia el sudario con el que muchos se llenaron la boca de la noche a la mañana. Había muchísimas cuestiones que plantearse; máxime cuando se había demostrado que era falso. ¿Qué pensar del efecto negativo? Si la imagen había sido pintada, como parecían señalar las pruebas del carbono, ¿dónde estaba la pintura? ¿Realmente habían crucificado al hombre que aparecía en la imagen? Si era así, ¿quién fue el infeliz que sirvió de modelo? Y ¿qué falsificador medieval tuvo la destreza, la inteligencia —y la audacia— de crear una broma tan pasmosa para la posteridad?

Por encima de todo, se apoderó de nosotros —incluso de aquellos que, como nosotros, no tenían la sensación de que hubieran violado su centro espiritual— una sensación de asombro. No se trataba de ninguna chapuza, no era el tipo de reliquia manipulada de cualquier manera que pudiera confundirse con las toneladas de astillas de la «vera cruz» que corren por el mundo. Ni siquiera se la podía denominar «obra de arte», puesto que el arte en el que se inscribe su creación nos resultaba totalmente desconocido.

En realidad, comprendimos que, como falsificación, el sudario se había convertido en la más *herética* de las reliquias, algo creado con una especie de perverso amor por el oficio, un ojo increíble para los detalles y una pericia sin parangón en la historia. Si uno era capaz de digerir las implicaciones, resultaba ser una maravilla.

Nos entusiasmos.

Con todo, debemos añadir una nota personal que — pese a los

rumores que afirman lo contrario— hubiéramos preferido no mencionar. Sin embargo, desgraciadamente, ese es un dato crucial para esta historia.

El día en que se rieron de Ian Wilson por su aparente candidez con el tema del sudario, Lynn estaba entre el público del Wrekin Trust. En aras de la brevedad y la piedad del relato diremos que, tres semanas después de ese encuentro, Lynn empezó una relación más o menos intermitente de dos años con él. El único motivo de que hagamos mención de ese episodio lamentable es el de ilustrar por qué Lynn tuvo aún mayor interés por el sudario durante el año en que se publicaron los resultados de las pruebas del carbono.

Hay que tener presente que Wilson había sido un defensor acérrimo de las pruebas del carbono antes de que se realizaran, y que en su bestseller de 1978 escribió: «[...] existe una prueba científica [...] que podría determinar tajantemente si el sudario es del siglo XIV o, efectivamente, muy anterior».<sup>16</sup> Dos años antes de la fecha de las pruebas escribió enfáticamente: «Una fecha coherente del siglo XIV [...] sería ciertamente lo bastante decisiva como para que los que defienden la autenticidad del sudario, entre quienes me cuento, nos replanteáramos a fondo la cuestión».<sup>17</sup>

Sin embargo, ese hombre era el mismo que, tres años después de la datación del carbono, en *Holy Faces, Secret Places*, citó el pasaje 6, 16 del Deuteronomio, «No provoquéis al Señor, vuestro Dios», y añadió: «En el fondo lo que ellos [los científicos que realizaron las pruebas de carbono] pretendían demostrar era si Dios se había manifestado en la forma del sudario de Turín. ¿Sería demasiado arriesgado sugerir que pudo haber ocultado deliberadamente su manifestación?».<sup>18</sup>

Cuando algo que queremos desaparece —sea una persona o un sueño—, debe existir un tiempo de luto, un periodo de ajuste. Pero, teniendo en cuenta, en primer lugar, que los sudaristas nunca admitieron que fuera un tema definitivamente finado, no es de extrañar que, en los años siguientes a la identificación del carbono, el acrecentamiento de su amargura y de su miedo los convirtiera en una auténtica mafia. Lo más significativo es que todas las

dudas acerca de la técnica de datación del carbono salieron a la luz después, no antes de que se realizaran las pruebas.

Consideremos las palabras del fallecido Rodney Hoare, quien por aquel entonces era presidente de la BSTS. Antes de las pruebas escribió: «Las pruebas del carbono permitirían realizar una estimación con un margen de 150 años en 2000 [...] la negativa de los custodios de la Iglesia católica y romana a conceder su permiso resulta difícil de entender». <sup>19</sup> Sin embargo, en una carta que le escribió a Clive en 1993, decía: «Si los contaminantes del incendio de 1532 quedaron en la tela, como cocidos a presión, entonces las fechas determinadas por la datación por carbono son no demasiado tempranas, sino demasiado tardías...». <sup>20</sup> Y ese mismo año activó un insólito misil cuando apeló a los miembros de la BSTS pidiéndoles sugerencias sobre dónde podía estar el error de la determinación del carbono.

Pese a todo, es instructivo revisar las objeciones que los sudaristas les plantearon a las pruebas. Tal como hemos visto, muchos creyentes incurrieron inmediatamente en acusaciones de conspiración. La celebridad derechista de *La Contre-Réforme Catholique au XXe siècle*, el hermano Bruno Bonnet-Eymard, afirmó que Michael Tite había cambiado las muestras por fragmentos de una capa pluvial (una capa de ceremonia) de finales del siglo XIII. <sup>21</sup> Llevó sus comentarios hasta el punto de afirmar que Tite se quedó con la plaza del profesor Hall en Oxford cuando este se jubiló. En realidad, es cierto que utilizaron una capa pluvial, pero solo como muestra de control.

¿Cuál sería el motivo de dicha conspiración? Bonnet-Eymard creía que se trataba de un intento orquestado por los científicos para socavar la religión cristiana. El profesor Werner Bulst, destacado sindonólogo, fue más allá, y en la televisión alemana habló de una «trama masónica anticatólica» <sup>22</sup>. En una entrevista que el cardenal Ballestrero concedió en 1988 a una revista católica, manifestó que los francmasones estaban detrás de las pruebas del carbono. <sup>23</sup> Lo que seguía siendo difícil de comprender era lo que pretendían conseguir los conspiradores con ello. Desacreditar el sudario no tendría un gran efecto sobre la fe de la mayoría

de los cristianos: especialmente a lo largo del último siglo, la Iglesia había puesto mucho cuidado en no comprometerse respecto de su autenticidad. Por otra parte, demostrar que el sudario era auténtico bien podía atraer a más parroquianos. Es fácil imaginar una conspiración que pretendiera probar una fecha del siglo I, pero no tanto imaginar que los científicos estuvieran dispuestos a arriesgar su reputación y su carrera tramando la manera de tcharlo de falsificación.

En 1992, sin embargo, los investigadores alemanes Holger Kersten y Elmar R. Gruber, en su obra *The Jesus Conspiracy* (publicado en Gran Bretaña a principios de 1994), avanzaron una atrevida —y nueva— variante del tema de la conspiración: la prueba del carbono fue un montaje de una serie de científicos en complicidad con el Vaticano. Kersten y Gruber creen que les dieron el cambiazo a las muestras extraídas del sudario por otras de una tela del siglo XIV. Afirman que eso ocurrió cuando Michael Tite selló las muestras en sus contenedores antes de entregárselas a los representantes de los tres laboratorios, dado que esta fue (sospechosamente) la única parte de la operación que se desarrolló en privado y fuera del alcance de las cámaras de vídeo que estaban filmando el proceso.

Basan su convencimiento en las aparentes discrepancias entre los científicos y la vaguedad de sus informes acerca del tamaño de la muestra que recibieron, y en las presuntas diferencias en las muestras antes y después de que las sellaran.

Desgraciadamente, las muestras quedaron físicamente destruidas durante los experimentos, de modo que Kersten y Gruber tienen que partir de unas fotografías que se tomaron en la catedral de Turín cuando fueron extraídas y otras imágenes de cuando estaban en el laboratorio. Dicen que las fotografías de ambas series no encajan, cuando deberían ser idénticas. Sin embargo, dichas comparaciones no son tan fáciles de hacer como podría creerse. La extracción no consistió, sencillamente, en que se sacaran tres fragmentos iguales de la pieza original. Las muestras se tomaron de la mitad de la pieza, y se dejó material sobrante.

La cínica reconstrucción que Gruber y Kersten hacen de la obtención de las muestras ha recibido ya sus críticas. Por ejemplo, el sindonólogo Eberhard Linder ha demostrado que *sí* encajan.<sup>24</sup> Lo que despertó las sospechas de Kersten y Gruber fue que Michael Tite y los representantes del Vaticano pasaran tanto tiempo encerrados extrayendo las muestras. Al parecer, estuvieron un buen rato, pero seguro que dar el cambiazto tampoco les hubiera llevado tanto tiempo, si era eso de lo que se trataba.

La parte más inverosímil de este guion es la supuesta alianza entre científicos —algunos de los cuales, como Teddy Hall, son ateos vehementes— y el Vaticano. Kersten y Gruber comprenden que esgrimir su teoría de la conspiración presupone que la confabulación tuvo lugar, puesto que Michael Tite estuvo acompañado cuando, supuestamente, cambió las muestras.

El motivo que aducen es ingenioso e intrigante: afirman que la Iglesia quería desacreditar la sábana santa porque prueba que Jesús estaba vivo en la tumba y, por ende, niega la resurrección; la piedra de toque del credo cristiano. Sostienen que la Iglesia había intentado adquirir el sudario para poder desacreditarlo, pero que hasta 1983, cuando el rey Humberto se lo dejó en herencia, no había podido.

La idea no resulta nueva. La publicó por primera vez en la década de los años sesenta un curioso individuo llamado Hans Naber. Este aseguró que, en 1947, había tenido una visión de Jesús en la que este le dijo que no había habido resurrección y que un estudio del sudario podía probarlo. A partir de entonces, Naber consideró que su misión era dar a conocer este mensaje al mundo. Logró atraer la atención de la comunidad internacional por primera vez en 1969, cuando supo de las investigaciones secretas de la Comisión de Turín y afirmó que la Iglesia intentaba utilizar a la Comisión para destruir la tela y ocultar su secreto.<sup>25</sup>

Desde entonces, Rodney Hoare defendió una tesis parecida en libros como *The Turin Shroud is Genuine* (1994). Posteriormente abordaremos un análisis de sus creencias.

Kersten y Gruber, y también Naber, señalan el modo en que la sangre parece seguir manando de las heridas para probar que



Jesús seguía vivo cuando se formó la imagen de la sábana. Sin embargo, su teoría tiene varios puntos débiles.

En primer lugar, pese a que las autoridades eclesiásticas no tuvieron la propiedad legal del sudario hasta 1983, lo tenían en su poder, y podían haber fingido fácilmente algún episodio en que quedara destruido, como un incendio. En realidad, en varias ocasiones se había intentado robar o quemar el sudario, y en todos los casos lo habían impedido los guardianes de la Iglesia. No les eran necesarias tantas artimañas para tramar una conspiración con los científicos. En segundo lugar, como veremos más adelante, la hipótesis en contra de la autenticidad es muy sólida. Y Kersten y Gruber nunca consideraron la posibilidad de que la imagen hubiera sido creada *deliberadamente* con la finalidad de demostrar que Jesús no murió en la cruz.

Además de las acusaciones de conspiración, desde que se publicaron los resultados de la prueba del carbono los creyentes han intentado desesperadamente hallar maneras de desacreditarlos, aduciendo toda una serie de procesos distintos —y con una amplia gradación de credibilidad, o de ausencia de ella— que hubieran podido alterar las determinaciones. Incluyen los efectos del fuego de 1532, la contaminación que supone manipular el sudario cada vez que se expone al público, y la hipótesis de Leoncio Garza-Valdés sobre la presencia de una capa bioplástica de bacterias y hongos. Dicha propuesta viene a decir que lo que el carbono fechó fue esa capa, no el sudario.

A principios de 2005, se dio mucho pábulo a una nueva teoría acerca de cómo se echó a perder la prueba del carbono: sostenían que, equivocadamente, los científicos tomaron muestras de un retal con que se reparó la tela en la Edad Media o posteriormente, y que *eso* fue lo que fecharon, no el sudario. En otras palabras, el proceso de datación era el adecuado, pero la tela estaba equivocada.

Los primeros en proponer esa explicación fueron Joseph G. Marino y M. Sue Benford en un congreso sobre el sudario celebrado en Orvieto en agosto del año 2000. Sugerían que las muestras que se tomaron del sudario incluían hebras de un (hipotéti-

co) zurcido. La presencia de hebras más recientes desbarató la prueba del carbono, arrojando una fecha que era una media entre el sudario de dos mil años de antigüedad y el zurcido posterior. Ese craso error, aducían, era fruto de la confusión entre hebras del «zurcido invisible», que dificultaron la labor de quien cortó la muestra.<sup>26</sup>

Hay mucho pensamiento circular y muchas presunciones en ese argumento. No existe prueba documentada de que se practicara dicho zurcido en ese lugar en ninguna ocasión (el fuego de 1532 no lo dañó). Su conclusión de que, *si* se revisaran los resultados de 1988 —y se excluyera el material del zurcido—, la fecha quedaría fijada en el siglo I es una muestra de pensamiento circular de primer orden, puesto que presuponen la cantidad de material posterior que hay en la muestra y su antigüedad (ellos suponen que es del siglo XVI). Además, lo que afirman jamás podrá comprobarse, dado que la prueba del carbono destruyó las muestras. Por todas estas razones, no hay que tomarse muy en serio la teoría de Marino y Benford.

No obstante, el científico del STURP Raymond N. Rogers —un químico jubilado del Research Laboratory de Los Álamos— recuperó la idea y publicó su variación sobre el tema en la revista *Thermochimica Acta* en enero de 2005, pocos meses antes de morir. A Rogers le avalaban tan buenas credenciales que sus presunciones fueron mucho más respetadas que las de Marino y Benford.

Rogers custodió el material extraído del sudario en tres ocasiones: durante el examen de la Comisión de Turín, en 1973; durante las pruebas del STURP de 1978 y cuando, en 1988, el profesor Gonella le entregó algunas hebras sueltas de las muestras tomadas para la prueba del carbono antes de que se las dieran a los laboratorios. Estos últimos restos no solo eran las únicas piezas de las pruebas del carbono que sobrevivían —y que potencialmente podían probar la hipótesis de Marino y Benford—, sino que el primer material, el de 1973, lo habían tomado de un área adyacente. (Las muestras de 1978 procedían de otras partes de la tela.)

Después de comparar esas muestras, Rogers llegó a una conclusión aún más extrema que Marino y Benford: creía que toda la muestra que se extrajo del sudario para la prueba del carbono procedía de un zurcido. (Como suele ocurrir en el estudio del sudario, Rogers minimizó el hecho de que sus conclusiones eran incompatibles con las de Marino y Benford. La literatura defensora de la autenticidad de la sábana las presenta como si las dos teorías se apoyaran entre sí, aunque en realidad se excluyen mutuamente.) Ello es debido a que halló diferencias significativas entre las características visuales y químicas de las muestras de 1973 y 1988, por un lado, y de las de 1978 por otro. En particular, las primeras tenían una capa de tintura de galio en un residuo adherido que Rogers pensó que, probablemente, era goma arábica, y de la que no había rastro en la última. Rogers sugirió que era un retal teñido para que tuviera el mismo color que el resto del sudario. (Rogers también descubrió unas fibras de algodón minúsculas pegadas a las muestras de 1973/1988 que indicaban, en su opinión, que el lino procedía de un telar que se utilizaba también para el algodón, notoriamente ausente en la urdimbre del resto del sudario.)<sup>27</sup>

Por otra parte, los que realizaron la prueba del carbono se mantienen firmes al afirmar que evitaron específicamente tomar las muestras de los zurcidos o las costuras. (La ubicación de la muestra la eligieron dos expertos textiles especialmente designados para asegurarse de que realmente era un fragmento de la tela original.) Tanto las conclusiones de Marino y Benford como las de Rogers implican un grave cuestionamiento de la competencia de los científicos y los expertos que participaron en las pruebas, pues o no repararon en que había hebras del zurcido (según Marino y Benford) o no se dieron cuenta de que toda la muestra era un retal zurcido (según Rogers).

El problema, tal como señalaron los críticos de Rogers, es que este basa sus ambiciosas conclusiones en pruebas realizadas sobre muestras mínimas —un par de hebras restantes de las pruebas de 1988, que le fueron entregadas en circunstancias que no se han esclarecido— y por comparación con el material de 1973.